

ANTROPOLOGÍA.

INTRODUCCION.

Hémos aquí ya estudiando al sér que, entre las criaturas de que se compone el mundo, aduna en sí las perfecciones de todas. Tal es *el hombre*. Llámase así, no al alma sola ni al cuerpo solo de la humana criatura, sino al conjunto del cuerpo y del alma; nadie, en efecto, llama *hombre* al cadáver, ni al alma separada del cuerpo, sino al sér que subsiste en la union de ambas sustancias, es decir, de un organismo corpóreo y de un alma racional. *Hombre* es, pues, la sustancia única resultante de dos incompletas, á saber: cuerpo orgánico y alma racional. Sér dotado de vida, de sentido, de razon, y de cuantas propiedades constituyen las esencias diversas del órden corpóreo y del órden espiritual, con razon se le ha llamado *microcosmo*, pequeño mundo, suma, compendio de la universalidad de las cosas creadas. Justo era, pues, que sér tan aventajado sobre todos los del mundo sensible, fuese especial objeto de una ciencia especial, que junto con su esencia, estudiara sus propiedades y su especial destinacion. Pues esta ciencia, que primitivamente fué denominada por Goclenio *Psicología* (1), es la que vamos á exponer ahora bajo el nombre de *Antropología*, como la llaman con nombre más adecuado los filósofos modernos.

Dos métodos igualmente defectuosos hay que evitar en la investigacion acerca del hombre, á saber: el de los *empíricos* y el de los *idealistas*. Para los primeros, la *observacion* es instrumento único apropiado al exámen científico del alma humana, pues otro que ese no sea, dicen, convierte la *Antropología* en un monton de vanas hipótesis absolutamente estériles para la verdadera ciencia. Este método *empírico*, inaugurado por Bacon y Locke, fué constantemente incul-

(1) Á lo que sabemos, este autor inventó, en efecto, esa palabra, pues que á su tratado acerca del hombre lo intituló *Psicología, hoc est, de hominis perfectione, anima, ortu*, etc. Marburgi, 1590.

cado por Reid (1), cuyos discípulos unánimes le aclaman, por ende, primer inventor de la ciencia del alma humana (2). Opónese á este método el de los *idealistas*, que prescindiendo de toda observacion y experimento, presumen de consultar acerca de este punto á la mera razon, partiendo solo de ella y subordinando á lo que la misma dictare, los datos experimentales; en tal manera, que cuando estos datos no aparezcan conformes á la pura investigacion especulativa, débese-los tener por ilusorios. Fundados en este principio comun, y no obstante la accidental variedad en otros puntos de su doctrina respectiva, los idealistas todos presumen de mostrar *a priori* la naturaleza del alma humana, su origen, sus propiedades, su final destinacion, y todo lo demás que la concierne (3).

Fácil es demostrar que ninguno de esos dos métodos exclusivamente empleados en la investigacion antropológica, es decir, ni la observacion sola ni el puro racionio solo, pueden engendrar verdadera ciencia del hombre. Y comenzando por el primero, único aceptado en la escuela escocesa para ver de constituir esta ciencia, digamos desde luego, que á ménos de querer sepultar toda nocion antropológica en la sima de un injusto excepticismo, forzoso es elevarse á investigar la esencia, el origen y el último fin del hombre. Toda ciencia, en efecto, se constituye conociendo las últimas razones del objeto especial sobre que versee; razones que se deducen, ora del conocimiento de la esencia de ese objeto, ora del de su causa eficiente y final; por consiguiente, la escuela escocesa, en el mero hecho de limitarse á tomar la observacion como exclusivo instrumento científico, se incapacita para conocer la esencia, el origen y el fin del hombre; y aun efectivamente, reconociendo su impotencia, ha declarado insolubles estos y otros capitales problemas de antropológica. No es extraño: el método puramente empírico de esa escuela no podía jamás producir verdadera ciencia del hombre, pues acerca de este punto el buen método exige comenzar, sin duda, por observar escrupulosamente los

(1) *Recherches*, etc., c. 1, sec. 3, *Opp.*, t. 1, p. 21 y sig., ed. cit.; y *Facultés intellect.*, Ess. 1, c. v, *Ceuv.*, t. III, p. 58 y sig.

(2) Tal es la opinion de DUGALD-STEWART, *Esquisses de morale, Introd.*, § 2, p. 128, Bruxelles, 1839; y de JOUFFROY, *Ceuv. de Reid*, ed. cit. *Préf.*, t. 1, p. LIV, y *Introduction aux fragmens de Royer-Collard*, *Ceuv. de Reid*, t. III, p. 301, 303, 315, ed. cit.

(3) VACHEROT, *Histoire de l'Ecole de Alexandrie*, part. IV, c. IV, t. III, p. 355, 356 y sig., París, 1851; y JULES SIMON, *Histoire de l'Ecole d'Alexandrie*, t. 1, c. X, p. 555, París, 1845.

hechos antropológicos; pero despues hay que investigar las leyes de esos hechos, y de ellas elevarse á conocer la esencia del hombre. La observacion, ni sola ni auxiliada por la induccion, puede constituir instrumento metódico de una verdadera antropológica; porque la observacion de suyo no suministra sino meramente los hechos de su dominio propio, y aun ayudada por la induccion, alcanza cuando más á recoger algunas leyes, pero no á elevarse jamás hasta la causa de quien se derivan las leyes y los hechos; y no elevándose á esta causa, es decir, á la esencia del alma del hombre, no hay ciencia antropológica posible, como quiera que esta ciencia no consista sino en el conocer esa esencia. Acertadamente, por tanto, han notado todos los escritores imparciales de antropológica (1), que la escuela de Reid, con su método exclusivamente empírico, no solo ha sido impotente para fundar una ciencia antropológica que aventajase en algo á la antigua, sino que ha parado en proclamarla inasequible. Si prueba se quiere de este aserto, véase, por ejemplo, el pobrísimo fruto que esa escuela ha sacado de sus tareas analíticas sobre las facultades del hombre; véase cómo, de resultas de haber proclamado insolubles los problemas ontológicos sobre la esencia, origen y fin del alma humana, y á causa de haberse encastillado en el puro método empírico, malgasta y consume todas sus fuerzas en hacer una especie de inventario de los hechos psicológicos, pero sin criterio para apreciarlos, sin principio alguno para clasificarlos, y meramente limitada á trazar tal cual descripcion de facultades; á redactar monografías más ó ménos ricas y profundas segun el grado de observacion puesto en ellas, pero imperfectas todas, como destituidas del indispensable conocimiento prévio de la esencia del alma, principio y centro de todas las facultades (2). Véase, por último, en qué paró toda esa balumba de descripciones meramente empíricas é históricas de las potencias del hombre: paró en servir á los fautores de *craneología* y *frenología* para reducir á mero organismo material todas esas potencias, produciendo en esta parte de la ciencia antropológica una confusion que al fin acabó con ella. ¡Y, sin embargo, nada es más comun que atribuir á Reid la honra de haber sido primer inventor de esa ciencia! (3).

(1) CONS. SAINT-HILAIRE, *Préf. au Traité de l'Áme d'Arist.*, passim, París, 1846; PEISSE, *Préf. aux Fragmens de phil. de Hamilton*, p. XXVII-XXIX, París, 1840; y BAUTAIN, *Psychol. experimentale, disc. prelim.*, t. 1, p. XXV-XXVIII, París, 1839.

(2) CONS. VACHEROT, *Op. cit.*, *loc. cit.*, p. 357-359; PEISSE, *Op. cit.*, *loc. cit.*, p. XXIII, XXIX, XXX; y ROSMINI, *Psicologia*, par. II, lib. 1.º, c. 1, t. II, § 736-737.

(3) Véase PEISSE, *loc. cit.*

No más atinada la filosofía germánica, prescindiendo absolutamente de la experiencia y del análisis al estudiar al hombre, y resucitando vetustos errores del platonismo y neo-platonismo, dióse á erigir una antropología sobre hipótesis tan gratuitas como extravagantemente ingeniosas, presumiendo de construir *a priori* la ciencia del hombre, con el mismo denuedo que sueña en construir *a priori* también la ciencia del mundo físico. Sin duda este método es más ingenioso y profundo que el de Reid, pero no más abonado para producir verdadera ciencia antropológica; pues no hay medio de conocer ni definir la esencia del hombre sin apoyar en alguna base real y sólida los raciocinios que á esa investigación se encaminen; y esta base real y sólida no puede ser otra sino las operaciones del alma, dado que la esencia de todo agente no puede ser conocida sino por las operaciones que la ponen de manifiesto. Conózcase, pues, primero por medio de estas operaciones la naturaleza del alma humana, y ya entonces, caminando sobre terreno firme, se puede por medio del raciocinio investigar el origen y final destinación del hombre; es decir, que debe procederse del conocimiento de las operaciones del alma al de su esencia, y del de su esencia, al de su origen y destino final. Pero es así que para conocer las operaciones del alma no hay otro medio sino observar los hechos psicológicos; luego querer una antropología construida *a priori* es, poco más ó ménos, tan racional y juicioso como querer *a priori* una ciencia de la naturaleza sensible. También sobre esto la historia nos auxilia con su testimonio, mostrándonos cómo cuando quiera que los filósofos, en vez de tomar por punto de partida la observación escrupulosa de los hechos internos del alma, han querido construir *a priori* la ciencia del hombre ó supeditar la observación á una hipótesis gratuita y á un sistema preformado, no han logrado otra cosa sino sustituir al análisis juicioso fábulas de novelista, y á los hechos reales hipótesis imaginarias. Díganlo sino las consejas antropológicas de Platon y de los neo-platónicos entre los antiguos, y de Schelling y Hegel entre los modernos (1).

Al dejar con esto demostrados los vicios del método *empírico* y del *idealístico*, hemos expuesto implícitamente el verdadero método adecuado á la ciencia del hombre. Ciertamente, si por una parte no basta la mera observación para constituir ciencia antropológica, y por otra parte, es imposible sin la observación construir esa ciencia, síguese de aquí que el verdadero y sano método para construirla es

(1) CONS. VACHEROT, *loc. cit.*, p. 357-358.

adunar la observación y el raciocinio. Pero como quiera que el raciocinio, para caminar seguro en sus deducciones, presuponga algunos principios racionales, que en el caso presente han de versar sobre descubrir la esencia del alma humana por medio de sus actos, convendrános recordar algunos de los principios que expresan la relación entre el ser y el obrar. Todos ellos pueden reducirse á solo uno, que enunciaremos con la siguiente fórmula, á saber: *el obrar de cada cosa, muestra necesariamente la naturaleza de su sér.* Principio es este que no há menester demostración, pues no es, en resúmen, otra cosa, sino una fórmula comprensiva de aquellos dos principios universales y evidentes: 1.º *No se da efecto sin causa.* 2.º *No puede un efecto superar en perfección á su causa;* porque ciertamente, no cabiendo que obre cosa alguna lo que nada es, y siendo toda operación un acto, claro está que ha de proceder de un principio actual de perfección contenido en el agente: de aquí que ningun efecto pueda superar de modo alguno á su causa, pues eso en que la superase, proveniría de nada, lo cual es absurdo; y por consiguiente, cualquier perfección que se halle en un acto, tiene que hallarse, ante todo, en la naturaleza del agente. Irrefutable es, en consecuencia, el enunciado principio: *el obrar de cada cosa, muestra necesariamente la naturaleza de su sér.* A la luz de este principio, fecundado por una observación diligente y madura de los actos del alma humana, puede nuestro entendimiento descubrir la naturaleza de la misma. Dos son, pues, las fuentes de donde la antropología saca su materia propia, á saber: la *observación* y la *razón*; necesario es, por tanto, en las investigaciones antropológicas juntar la experiencia con la razón, el análisis con la síntesis; en una palabra, hay que adoptar, como único método sano, el *analítico-sintético*. Merced á este método alcanzó Aristóteles tales medros en la ciencia del hombre, que con razón se le tiene por primer inventor de ella (1); ese método, adoptado y seguido por Nemesio, le granjeó lugar ciertamente no último entre los expositores de antropología; este método dirigió la inteligencia del Niseño en sus libros acerca del alma, fecundizó los sublimes conceptos antropológicos del santo filósofo de Tegaste, sirvió de guía á los tratados completos que acerca de la propia materia vió el siglo XI salir de la escuela de los místicos cristianos (2), y engendró, finalmente, las vastas y comprensivas teorías de los Escolásticos.

La preinserta doctrina respecto del verdadero método que con-

(1) CONS. SAINT-HILAIRE, *Op. cit.*, *Préf.*, p. LXXXII, ed. cit.

(2) CONS. DEGERANDO, *Hist. comp.*, etc., 2.ª ed., c. XXII, t. IV, p. 109 y sig.

viene seguir en antropología, nos pone en aptitud de valuar una famosa distincion que se ha hecho acerca de esta ciencia. Me refiero á las dos especies de psicología que cuentan varios filósofos siguiendo á Wolf (1) y á Kant (2), á saber: una que llaman *empírica*, y otra que llaman *racional*: la empírica, dicen, versa meramente sobre los hechos internos del alma, y en consecuencia, su único instrumento propio es la observacion interna, mediante la cual nos consta la existencia real de esos hechos; la psicología racional se remonta ya más que eso, pues versa sobre las leyes y causa productiva de los mismos hechos internos, y en consecuencia, su instrumento propio es la razon, única facultad apta para conocer las causas y las leyes de los hechos. Tal es la famosa distincion de la antropología, inventada por Wolff, aceptada con sorprendente unanimidad por los filósofos alemanes de aquel tiempo, y conservada religiosamente por los de hoy día mismo. Pero la tal distincion, muy luego se ve que es de todo punto arbitraria y absurda; pues la *psicología*, sea cual fuere, no merece propiamente nombre de tal, sino en cuanto es la ciencia que tiene por objeto el conocer la naturaleza del alma humana, como quiera que no siendo esa ciencia sino una parte especial de la filosofía, y no debiendo, por consiguiente, exponer su objeto propio sino mostrando las supremas razones del mismo, forzosamente ha de tener como término propio el conocer la esencia del alma humana, que es el principio radical de los internos fenómenos, materia propia de la psicología. Y es así que á ese conocimiento no se puede llegar sin valerse simultáneamente, por una parte, de la observacion interna que atestigüe, compruebe y certifique los hechos internos del alma, y por otra parte, del raciocinio que, una vez conocidos estos hechos, se eleve á conocer la naturaleza del alma, principio activo que los produce; luego no puede haber ni una psicología que, prescindiendo de la naturaleza del alma, solo atienda á observar los hechos internos; ni una psicología que, prescindiendo de toda observacion, y valiéndose únicamente de raciocinios *a priori*, saque del fondo de la mera razon la materia sobre que haya de versar. Y es así que la citada distincion de psicología *empírica* y psicología *racional* presupone en cada una de ellas ese procedimiento respectivamente exclusivo; luego es una distincion arbitraria y absurda (3).

(1) *Psych. Emp., Proleg.*, § 1-5; *Psych. Ration., Proleg.*, § 1-9.

(2) *Critique de la raison pure, Met. transcend.*, c. III; *Architectonique de la raison pure*, vol. II, p. 445-663, ed. cit.

(3) Cons. ROSMINI, *Psicologia, Introd.*, § 7.º, vol. I, p. 14-15, ed. cit.; LICH-

CAPÍTULO PRIMERO.

DE LA VIDA ANIMAL.

ARTÍCULO PRIMERO.

Necesidad de esta investigacion para estudiar al hombre.

1. Toda disposicion ordenada y metódica debe proceder de lo más general á lo ménos. Aplicado este principio al estudio del hombre, debe comenzarse por lo que en el hombre es *genérico*, á saber, su *animalidad*, para pasar luego á estudiarle en lo que constituye su *diferencia específica*, á saber, su *racionalidad*. En otros términos, como quiera que la mera animalidad, es decir, la propiedad genérica de *animal*, desacompañada de todo grado superior de vida, no se halle en el hombre, por cuanto en el hombre la animalidad se halla elevada al grado superior de la vida intelectual, hé aquí por qué el orden pide que, antes de investigar la vida intelectual, distintiva del sér humano, se trate separadamente de aquella otra vitalidad que le es comun con los demás animales; ó séase, el orden pide que antes de la *Antropología* se trate de la *Biología*. A esta ineludible razon de método, que pide tratar de la vida puramente animal antes que de la vida intelectual del hombre, agrégase otra no ménos valedera, y es que de la vida misma intelectual del hombre no se puede tratar ordenadamente sin el concepto prévio de la vida en general; concepto que, como ya antes de ahora lo hemos dicho, se forma mejor estudiando la vida en los animales que en las plantas y en la inteligencia, porque en las plantas el grado de vitalidad es demasiado ínfimo, y en la inteligencia demasiado eminente. — Y no se nos oponga que mostrándonos el hombre como sér juntamente sensitivo y racional, es innecesario buscar fuera de él mismo la nocion de animalidad; pues en primer lugar, la vida animal se nos muestra antes fuera de nosotros mismos que dentro, como quiera que para percibir esa vida dentro de nosotros necesitamos ejecutar una operacion refleja sobre nuestros actos; mientras que para percibirla fuera de nosotros nos

TENFELS, *Curso de filosofia* (en aleman), *Introduccion*; y COUSIN, *Histoire de la phil. morale*, ser. I, lec. VI.

basta con mirar á los actos de aquellos seres vivientes que denominamos *animales*. En segundo lugar, debe tenerse en cuenta que, aun dado que nos bastase observar nuestros actos internos para elevarnos al concepto primero de animalidad, siempre sería indudable que para erigir en verdadero tratado científico los conceptos formados en nuestra mente mediante la observacion de nosotros mismos, debemos partir de los más abstractos y universales para descender luego á los más determinados y ménos universales. Por no haber seguido los modernos filósofos en el estudiar al hombre este procedimiento aristotélico, se ven siempre embarazados para dar á sus investigaciones antropológicas aquel orden rigurosamente metódico que de suyo piden, y obligados, por lo comun, á presuponer respecto de la vida animal una porcion de principios que deben ser expresamente expuestos y demostrados (1).

ARTÍCULO II.

Que la esencia de la animalidad consiste en la sensibilidad.

2. Cuando se trata de conocer las sustancias y causas, la más óbvia razon de método pide comenzar observando las respectivas operaciones y los respectivos efectos: para conocer, pues, la esencia del animal, estudiemos ante todo su específica operacion, ó séase su actividad distintiva.

3. En los animales, por de pronto, hallamos vigentes todas las funciones propias de la vida vegetal, y esto porque, mediante esas funciones, adquieren los animales existencia, y perfeccionan y conservan el organismo adecuado á sus operaciones privativas. Pero esta vida vegetativa de los animales adquiere en ellos un grado superior de perfeccion, consistente en un atributo de que están destituidas las plantas, á saber: *la sensibilidad*. La operacion, pues, específica de los

(1) Por aquí se ve cuán injustamente SAINT-HILAIRE (*Préf. au Traité de l'Áme d'Aristote*, p. VII, ed. cit.); WADDINGTON (*La Psychologie d'Arist.*, part. II, capítulo II), y TISANDIER (*Psych. de Platon*, c. I, p. 6-7, París, 1851) acusan á Aristóteles porque antes que al hombre estudió á los vivientes inanimados y á los animales. Gratuita es la conclusion de Saint-Hilaire al decir que el procedimiento aristotélico conduce á la falsa doctrina del *Tímeo de Locri* sobre lo que allí se llama *alma del mundo*. Semejante cargo es infundado, porque el procedimiento aristotélico no radica en el supuesto de que una misma é idéntica sea el alma del hombre, de los brutos y de las plantas, sino que se funda en las leyes de método antes enunciadas por nosotros.

animales, su actividad distintiva, es el *sentir*. Cuando otra prueba no hubiese de este aserto, bastaríanos el lenguaje comun, pues cabalmente el *animal* es denominado así porque se le ve dotado de *ánima*, ó séase de alma; pero esta palabra, lo propio en el lenguaje comun á todos los hombres que en el de los filósofos, lleva dos significados, uno impropio y más lato, otro propio y más ceñido. En sentido impropio y lato, llámase *alma* el principio intrínseco de toda vitalidad; y como quiera que este principio le poseen tambien las plantas, claro está que en ese primer sentido, *alma* significa lo propio que *principio vital*. En el sentido verdaderamente propio de la voz *alma*, significa tanto como *principio vital capaz de percepciones y de apetitos* (1); y estas cualidades sobreentiende el comun de los hombres en el viviente á quien denomina *animal*: el filósofo, meditando luego sobre este lenguaje comun, halla que verdaderamente la operacion específica del animal consiste en el sentir. Efectivamente, á ningun sér sustancial puede faltar una operacion suya propia y específica, dado que toda *sustancia*, en calidad de tal, produce operaciones proporcionadas á su sér determinado: si, pues, el animal posee un peculiar grado de vida, forzosamente ha de producir una operacion vital peculiar tambien: esta operacion privativa del animal no es intelectual, porque el entender es propiedad de los espíritus, y bien que se halle en el hombre, hállase no en cuanto el hombre es animal, sino en cuanto participa de la esencia racional: no es tampoco puramente vegetativa la operacion peculiar del animal, pues el vegetar compete tambien á las plantas, que propiamente no pueden ser llamadas ni llama nadie *animales*: réstanos, pues, como única operacion peculiar y privativa del animal, *la sensacion*, pues fuera de ella, no producen los animales otra operacion alguna vital diversa de la intelectual y de la vegetativa. Pensemos ahora que la naturaleza nada hace en vano, y por consiguiente, que cuando provee de un determinado instrumento á un sér cualquiera, da señal de que este instrumento está ordenado al ejercicio de una operacion propia de ese sér; y de aquí se deduce que aquellos vivientes dotados de órganos sensorios en tal manera, que sin ellos no ejercerían sus operaciones propias, tienen efectivamente como operacion propia específica el sentir. Y pues que, por un lado, es indudable que los animales, como destituidos de vida intelectual, segun despues veremos, no pueden ejecutar [operacion alguna independiente de todo órgano, y por otro lado, no puede caber duda en

(1) Cons. LEIBNITZ, *Epist. ad Wagner. De vi activa corp.*, etc., p. 464, ed. cit. TOMO II.

que están dotados de un organismo sensorio, racional es inferir que la operacion específica de los animales consiste en la sensacion.

Esta verdad se comprueba más y más en atendiendo al fin con que ha sido otorgada la sensibilidad á los animales. El concepto de vida, lo hemos dicho ya en otro lugar, lleva de suyo el de un fin que con su intrínseca actividad ha de cumplir el sér viviente: este fin, respecto de los séres destituidos de inteligencia, ha de consumarse dentro del período de su existencia material y física; pues, como en breve lo demostraremos, no se concibe que estén destinados á otra vida que la presente, y por consecuencia la muerte los disuelve del todo, sin que pueda *sobrevivir* ninguna de sus partes constitutivas: fin natural, pues, de estos séres destituidos de inteligencia, no puede ser otro sino su mero acrecentamiento material, el complemento de la natural expansion del *individuo*, la propagacion y conservacion de la *especie*. Pues bien; para cumplir este su fin propio, los animales han menester de sentidos, porque dotados como lo están de organizacion mucho más complicada que los vegetales, no todo alimento les conviene indiferentemente, y de aquí que deban poder moverse, parcialmente al ménos, para procurarse lo que les aproveche y evitar lo que les dañe: *parcialmente* he dicho, porque la experiencia nos muestra que solo los animales perfectos poseen plenamente la facultad locomotriz, y que en cambio hay otros de organizacion harto imperfecta sin otro movimiento que el de contraccion y dilatacion; movimiento con el cual no cambian de sitio enteramente, sino solo en parte, y cuanto les basta para defenderse contra sus naturales adversarios: tales son, por ejemplo, no solamente los zoófitos, superiores en grado ínfimo á las meras plantas, sino tambien otras especies de animales, como las anafas y las bellotas marinas (1). Sea de esto lo que fuere, el movimiento, total ó parcial, otorgado á los animales, supone que les ha sido dado facultad de percibir cosas que atraigan y estimulen su apetito, y otras que le repugnen y ahuyenten. Pues bien; en cuanto este movimiento espontáneo de los animales procede de una percepcion prévia, y es próximamente determinado, no por la naturaleza, sino por un estímulo del apetito, bien que puramente instintivo del sugeto operante, constituye indicio cierto de que en los animales hay vida sensitiva, y muestra que su operacion peculiar específica es la sensacion. Para saber, en efecto, cuál sea la operacion específica de un sér, basta con ver cuál de entre las que le son natu-

(1) Cons. SANTO TOMÁS, I, q. LXXVIII, a. 1.

rales constituye base y fundamento de todas las demás, pues esa es su operacion peculiar y propia, que la distingue de todas las demás propias de todos los demás séres. Siendo, pues, el apetito y el movimiento espontáneo funciones peculiares de los animales, y siendo estas funciones derivadas del principio sensitivo, en que se apoyan como en base comun, resulta lógicamente que la sensacion debe tenerse como operacion específica del animal, sin que, por consecuencia, sea necesario mencionar explícitamente las demás funciones animales que de esa se derivan.

4. Una vez averiguado que la operacion específica del animal es la sensacion, fácilmente se le define. Cuando quiera, en efecto, que de la definicion del obrar específico de un sér, queramos deducir la de la sustancia de quien ese obrar procede y á la cual se proporciona, necesario es que la definicion exprese aquella sustancia en calidad de principio de esta operacion específica: es así que el obrar específico del animal consiste en el sentir; luego para expresar con exacta definicion el principio de ese obrar específico, deberemos decir del animal que es: *un viviente de naturaleza sensitiva* (1).

ARTICULO III.

Del espiritualismo y del automatismo animal.

5. Con haber demostrado que la operacion específica del animal es la sensacion, y que la vida animal es sustancia viviente de naturaleza sensitiva, dejamos trazada la línea divisoria que separa del reino vegetal y del hombre al reino animal; pues por lo tocante al hombre, su operacion específica no es la sensacion, sino el pensamiento; y por lo tocante á las plantas, como destituidas que están de sentidos y de apetito, su operacion específica se reduce meramente á las funciones vitales de la nutricion, crecimiento y propagacion. Pero filósofos y naturalistas, con desconocer muchas veces esta verdad, han aventurado dos hipótesis, á cuál más gratuita. Por degradar algunos á la humana especie, han ensalzado la vida animal de los brutos, hasta el extremo de atribuirles, no solo sensibilidad, sino tambien inteligencia; mientras que otros, creyendo ensalzar así la dignidad humana, han negado á los animales hasta el alma, considerándolos como meras

(1) «Hoc dicitur animal, quod naturam sensitivam habet».—SANTO TOMÁS, I, q. III, a. 5.